

CAPÍTULO III

De encargado de máquina en Willington Quay y en Killingworth.

Jorge Stephenson había llegado á ser un experto trabajador. Mostraba ser muy diligente y observador en el trabajo, y sobrio y estudioso cuando se terminaba la jornada. Su amigo Coe lo describió al autor de estas líneas, como un ejemplo notable de carácter varonil. Los sábados de cobro, por la tarde, los mineros celebraban sus fiestas quincenales, entregados á la pasión de las riñas de gallos y de perros en los campos inmediatos, y acababan indefectiblemente en la taberna; Jorge por el contrario tenía por costumbre desmontar la máquina, á fin de conocer bien su mecanismo interno; limpiaba todas sus partes y volvíasalas á poner en disposición de trabajar, antes de dar su misión por terminada. Sus entretenimientos continuaron siendo principalmente los ejercicios atléticos, encontrando muy pocos que le avantajaran en levantar grandes pesos y tirar el martillo.

Por la noche se dedicaba á la lectura y escritura haciendo rápidos progresos y en ocasiones, se ocupaba en modelar. Según noticias comunicadas por su hijo Roberto, en Callerton fué donde empezó á intentar algunos inventos. Durante algún tiempo dedicóse especialmente á la construcción de una

máquina parecida al aparato de freno, capaz de efectuar la reversión automáticamente.

El intento no dió resultado y el problema quedó resuelto á medias ante los escollos de la práctica, demostrándose así que hasta las más privilegiadas inteligencias, tienen en ocasiones que someterse á la inevitable disciplina de la experimentación y acatar las saludables lecciones que proporcionan los fracasos eventuales.

Stephenson después de dos años de trabajo en la mina recibió la oferta de encargarse de la máquina de la de Willington Ballast Hill, con mayor salario. Aceptó Jorge y resolvió al mismo tiempo casarse con la jóven con quien estaba en relaciones decidiéndose á poner casa aparte.

Entonces contaba sólo veintiún años, pero había logrado por medio de industria, economía, y arreglo, reunir algún dinero, que unido á la pequeña cantidad que la novia tenía ahorrada también le permitió tomar una casita en Willington Quay, amueblándola de un modo humilde, aunque con esmero y comodidad suficientes para recibir en ella á su compañera. Willington Quay se halla situado en la margen Norte del Tyne, á unas seis millas más abajo de Newcastle: La componen una hilera de casas paralela al río. Detrás de ellas se elevaban verdaderos montes de lastre, desembarcado allí por los buques que iban á cargar carbón para el mercado de Londres. El lastre pasa de las bodegas á los vagones colocados junto á los barcos; y cuando éstos están llenos, son conducidos á Ballast-Hill, donde van á aumentar la monstruosa acumulación de tierra, escombros y fango del Támesis, de-

positados anteriormente allí. Sin duda los geólogos del porvenir, cuando se haya olvidado el origen de los inmensos cerros que se levantan á lo largo del Tyne quedarán absortos y se entregarán á todo género de hipótesis y teorías sobre su composición y origen. Al pie de esta gran acumulación de materias, había una máquina fija que hacía subir el tren de vagones cargados, por medio de cuerdas y poleas, Jorge Stephenson se hizo cargo de ella.

La casita en que se estableció constaba de dos pisos y estaba situada á poca distancia del muelle, con un jardinillo á la entrada. Sin embargo Stephenson sólo ocupaba una habitación del piso alto en el extremo occidental. A poca distancia de allí veíase el monte formado por el lastre. Cuando la casa estuvo lista y dispuesta para recibir á su consorte, se efectuó la boda, celebrándose en la Iglesia de Newburn, el 28 de Noviembre de 1802. La firma de Stephenson según aparece en el archivo, es clara y correcta como hecha por persona que ya sabe escribir; pero á pesar de todo su cuidado, no pudo evitar que cayera un borrón. El nombre de Francisca Henderson parece escrito por la misma mano.

Terminada la ceremonia los cónyuges se dirigieron á casa de los padres del novio en Jolly's Closse. Le salud del anciano ya empezaba á resentirse, pero no obstante continuaba trabajando de fogonero haciendo todo lo posible, aunque á costa de grandes esfuerzos, por « mantenerse á flote ». Hecha la visita, los recién casados se pusieron á partir en dirección á su nueva morada e Willington Quay. El medio de locomoción de

que se habían valido era el que habitualmente se utilizaba antes de que se inventara el ferrocarril. Consistía en alquilar dos caballos de labranza, al dueño de una granja contigua, convenientemente ensillados. En uno de ellos se montaba el novio, llevando en la grupa á su consorte la cual para afianzarse y no caer, rodeaba con el brazo la cintura del jinete. El padrino y la madrina hacían lo mismo en la otra cabalgadura y de este modo recorrían algunas veces distancias considerables.

Jorge Stephenson llevaba en Willington la existencia de un obrero inteligente y formal. Gracias á su costumbre de aprovechar las veladas consiguió prepararse silenciosa y seguramente para salir de la categoría de trabajador manual. Con afición y ahinco se dedicó á estudiar los principios de la mecánica y á dominar las leyes á que estaba sometido el funcionamiento de la máquina. Aunque entonces no era más que un obrero, ya revelaba gran espíritu de investigación que rebasaba los límites de lo normal, entregándose á estudiar extrañas teorías, procurando extraer de ellas el principio que tuvieran de verdad. En las largas noches de invierno sentado en su casita al lado de su joven esposa, estudiaba con frecuencia cuestiones mecánicas, ó modelaba aparatos originales.

No es pues de estrañar que entre los diferentes asuntos que embargaban su atención, durante su permanencia en Willington, se encontrara el del movimiento continuo. Y aunque fracasó, como tantos otros que en tal camino le precedieron, los esfuerzos mismos hechos con semejante fin, contribuyeron á despertar sus facultades inventivas

y desarrollar sus energías intelectuales. Sus experimentos no se limitaron á la teoría sino que tan lejos fué, que hasta llegó á construir una máquina dedicada al famoso problema. Consistía el aparato en una rueda de madera que llevaba cerca de la llanta tubos de cristal llenos de azogue, los cuales al girar aquella, derramaban su contenido en otros inferiores, con lo que se le daba al aparato una especie de movimiento automático. Como es de suponer el resultado final no respondió á lo que de él se esperaba. Se desconoce en absoluto lo que sugirió la idea de esta máquina, á Stephenson; pero su hijo Roberto era de opinión, que había oído hablar de un aparato de esta índole, descripto en la « Historia de los inventos ». Como entonces no tenía facilidades para proporcionarse libros y hasta puede decirse que leía con dificultad, lo probable es que la explicación dada por su hijo sea la exacta y más verosímil que ninguna otra.

Stephenson siguió ocupando gran parte del tiempo que le quedaba libre en una labor de provecho mas inmediato, desde el punto de vista económico. Por las noches, después de haber terminado la jornada, solía descargar el lastre de los barcos que venían por carbón, lo que le permitía ganar algunos chelines más á la semana.

El señor Guillermo Fairbairn, de Mánchester, informó al autor de estas líneas, que mientras Stephenson estaba empleado en la mina de Willington Balast-Hill, él trabajaba como aprendiz de máquina en la de Perci-Main que se hallaba inmediata. Fairbairn era muy amigo de Jorge, por ser hombre simpático y de agradable trato, además

de ser un buen trabajador. En las noches de verano acostumbraba á ir á Willington á ver á su amigo, y en tales ocasiones se hacía muchas veces cargo de la máquina, para permitir á Jorge que durante dos ó tres horas se dedicara á sacar lastre de la bodega de los buques.

Es muy grato pensar de qué modo el futuro presidente de la Asociación Británica, ayudaba al ingeniero ferroviario del porvenir á ganar algunos chelines más por la noche, con un trabajo adicional, en una época en que ambos pertenecían á la humilde clase trabajadora, en un oscuro pueblecito del Norte.

Fairbairn, visitaba con frecuencia la nueva morada de Jorge, que, sin ser lujosa era limpia y cómoda respirándose en ella un ambiente de honradez y laboriosidad. Ni aún en su casa descansaba Stephenson un momento: cuando no había trabajo en el muelle, volvía otra vez á ocuparse del calzado como en otros tiempos.

Guillermo Coe, que aún vivía en Willington en 1851, informó al que esto refiere, que por siete chelines y seis peniques compró á Stephenson un par de zapatos, de los que quedó muy contento.

En aquel entonces ocurrió en la morada de Jorge un accidente que contribuyó á dirigir sus trabajos industriales por una nueva y más provechosa vía. Un día se incendió la chimenea de la casa, encontrándose él ausente; los vecinos alarmados, acudieron con cubos, arrojando bastante agua sobre las llamas; algunos extremando su celo, hasta subieron al tejado y echaron baldes de agua por la chimenea. El incendio quedó sofocado rápidamente, pero la

casa quedó completamente inundada. Al regresar se encontró Jorge con que salía el agua por la puerta, todo en desorden y el nuevo mobiliario cubierto de hollín. El reloj de pared con cuerda para ocho días, que era uno de los objetos más preciosos de la casa, quedó tan malparado á causa del vapor de agua que había llenado la habitación, y por el polvo y el humo que se habían introducido entre sus ruedas, que se descompuso y quedó parado.

Ante el desconsuelo de Jorge alguien le aconsejó que lo llevara al relojero ; pero como la reparación costaría dinero, él replicó que se encargaría de arreglarlo, ó al menos que lo intentaría . Poniendo manos á la obra desarmó el reloj, lo limpió pieza por pieza, sirviéndose para este fin de las herramientas que había ido reuniendo cuando se dedicó a la construcción de la máquina del movimiento continuo. El trabajo dió tan buenos resultados, que poco después, los vecinos le mandaban sus relojes para que los limpiara, convirtiéndose pronto en uno de los más expertos relojeros.

Cuando nació su hijo único, el 16 de Octubre de 1803, Stephenson seguía aún en Willington. El niño como fácilmente se comprenderá fué inmediatamente objeto de singular predilección para su padre, haciendo más dulces y placenteras sus horas de descanso. Las facultades « filoprogenitivas » de Jorge Stephenson, como las llaman los frenólogos y que en él estaban extraordinariamente desarrolladas, en su juventud se aplicaron á los pájaros, los perros, los conejos y hasta en el pobre caballo viejo que tenía que arrear en la mina

de Callerton y luego se fijaron en su hijo, objeto más adecuado en que depositar la afección.

El niño fué bautizado en la escuela de Wallsend, porque la antigua iglesia parroquial se hallaba en aquel tiempo en tan mal estado, á causa de los movimientos del suelo producidos por las excavaciones hechas al sacar el carbón, que se consideraba peligroso el penetrar en ella. Roberto Gray y Ana Henderson, que habían sido padrinos de la boda, volvieron, á Willington para serlo del niño Roberto, nombre que se le puso, en memoria de su abuelo.

Jorge Stephenson después de trabajar unos tres años en el referido cargo, fué invitado á trocarlo por otro de la misma índole en la mina de West-Moor, en Killingworth : Jorge tardó en decidirse, por tener en cuenta que no podría contar con el suplemento de que antes se ha hablado y que le permitía aumentar sus recursos. Consintió al fin en ello, con la esperanza de resarcirse de aquel quebranto del modo que las circunstancias se lo permitieran.

El pueblecito de Killingworth está á unas siete millas al Norte de Newcastle, y posee una de las mejores minas de la comarca. La extracción de carbón se hace en gran escala, dando ocupación á un gran numero de trabajadores. Allí se trasladó Stephenson por primera vez como encargado de máquina, hacia fines de 1804. Por desgracia, á poco de haberse instalado en su nuevo domicilio, su compañera murió de consunción, dejándolo solo con su hijo Roberto. Esta pérdida apenó hondamente a Jorge porque su esposa y él habían

sido muy felices y las dulzuras de la vida matrimonial se habían aumentado gracias á un trabajo constante y provechoso. Stephenson era de costumbres morigeradas y de una actividad incansable y su consorte había alegrado tanto su corazón y dado tal atractivo á su morada, que no había nada que pudiera apartarlo del hogar, en las horas que le dejaba libre el trabajo. Tanta felicidad estaba llamada á desaparecer y el desconsolado esposo sintió por algún tiempo la tristeza de aquel que por una desgracia parecida, se ve obligado á recorrer solo el camino de la vida.

Reciente aún el triste acontecimiento y antes que se calmara su dolor, fué invitado por unos señores interesados en grandes fábricas de hilados cerca de Montrose, en Escocia, para que se hiciera cargo de una de las máquinas de Boulton y Watt. El pobre viudo aceptó, arreglando sus asuntos para abandonar temporalmente Killingworth.

Dejó á su hijo al cuidado de una mujer respetable, que gobernaba su casa y se puso en camino de Escocia, á pie y con un morral al hombro. En el desempeño de su nueva colocación dió una prueba práctica de sus disposiciones naturales, para la combinación de aparatos, cosa en que tanto se distinguió después. Según parece, el agua que se necesitaba para alimentar la caldera de la máquina, así como para otros usos en general, se extraía por medio de una bomba, de una considerable profundidad y pasaba por una extensa estrada de arena adyacente. Las bombas se obstruían muy á menudo á causa de la arena que aspiraban en el fondo del pozo, por lo que se gastaban rápi-

damente, destruyéndose los cueros, lo que hacía necesario un pronto remedio; para lo cual Stephenson adoptó el siguiente medio, sencillo y original: hizo construir una caja de doce pies de altura que colocó en el centro del pozo, en la caja insertó el extremo inferior de la bomba, lo que dió por resultado que el agua entrase clara subiendo por la manga, sin mezcla alguna de arena: así quedó resuelta la dificultad.

Mientras permaneció en Escocia, como ganaba un buen salario, pudo economizar veintiocho libras esterlinas, que se llevó al cabo de un año al regresar á Killingworth. Deseando volver á ver á su familia y con el vivo anhelo de abrazar á su hijo, nuestro hombre se despidió de sus patronos de Montrose, volviéndose á pie, como se había ido.

De regreso refirió á su amigo Coe, que hallándose en los límites de Northumberland, una noche ya tarde, con los pies doloridos y cansado de una larga jornada, llamó á la puerta de una granja, pidiendo hospitalidad y como se la negaran limitó su demanda á un poco de paja que pudiera extender, aunque no fuera más que á la entrada de la casa, porque se hallaba muy fatigado y á aquella hora no le era posible seguir andando. Se asomó la dueña, miró al caminante, se retiró después para consultar á su marido, terminando finalmente por invitar á Stephenson á que entrara.

Gracias á su carácter animado y divertido, pronto se encontró allí como en su casa, pasando agradablemente algunas horas con aquella familia.

Agradecido Stephenson, al ausentarse por la mañana, les pidió que le cobraran algo por el hos-